

HOMENAJE A DON CARLOS MAC HALE¹

GUMERSINDO YÉPEZ

La Academia Norteamericana de la Lengua Española rinde en este día memorable en que se recuerda a Cervantes un emocionado homenaje a la memoria de uno de sus fundadores y primer Director, Don Carlos F. Mac Hale, cuyas sabias enseñanzas, atinada dirección y ayuda financiera dieron el primer impulso de vida a esta Corporación, impulso que cobra aún mayor vigor, pese a haber desaparecido el Director, gracias a la inspiración de su obra, al ejemplo edificante de su vida—noble y austera— y a su rectitud intelectual, que iluminan el sendero por el que transita y transitará esta Academia en el futuro.

En efecto, Don Carlos F. Mac Hale fue más que Director: fue el alma de la institución y su nombre está entrañablemente ligado a su primera etapa, la decisiva, de su nacimiento y consolidación. Cuando la voluntad de sus fundadores llegaba a flaquear frente a las mil dificultades que surgían por doquier, se erguía la prócera figura de Don Carlos para reanimar a todos con su temple heroico, su sabiduría y su generosa ayuda, todo lo cual nos confortaba como un bálsamo y nos impelía a nuevas y más denodadas acciones.

En esta historia sin par de emoción y aventura, Don Carlos era el mayor paladín. Caballero del ideal, puso su brazo e inteligencia al servicio de las causas nobles, entre ellas esta Academia, que fue la mayor motivación de su vida en sus últimos años.

¹ Discurso pronunciado por D. Gumersindo Yépez, Director Provisional de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, en la sesión pública celebrada para rendir homenaje a la memoria de D. Carlos F. Mac Hale el 29 de abril de 1979 en la Casa de España en Nueva York. Fuente: *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua Española*. No 4-5, Nueva York, 1979-1980 (119-121).

En el futuro, la Academia hará la biografía definitiva de su primer Director. Por el momento basta con una semblanza preliminar en la que se destaquen las facetas más brillantes de su extraordinaria personalidad.

Primero, la dimensión humana con los rasgos más salientes de su carácter: bondad, pureza de alma, ausencia de malicia, honestidad intelectual y generosidad. Pese a las polémicas que sostuvo toda su vida para corregir las deficiencias del Diccionario Oficial, no hubo nunca en él el deseo de ofender ni vilipendiar a nadie. Jamás perdió la compostura ni la perspectiva de la realidad. Inspirándose en el verso de Lope: “A nadie se dio nunca veneno en risa”, evitaba la crítica cáustica y demoledora presentando sus tesis y argumentos con un sutil buen humor que no sólo divertía a sus lectores sino a él mismo. Era un maestro de la eutrapelia o virtud de la moderación y del donaire o jocosidad inofensiva. Su prosa ágil aleteaba regocijadamente con la gracia de Horacio y la amable filosofía de Montaigne. Era la antítesis de la de Antonio de Valbuena, inflamada por la pasión y el personalismo en las Polémicas con la Real Academia.

Segundo, la dimensión intelectual: Don Carlos F. Mac Hale nació en Chillán (Chile) el 18 de mayo de 1882. Estudió en su patria donde tuvo la suerte de encontrar excelentes maestros. Sus inquietudes lingüísticas se despertaron en él por la influencia de Rodolfo Lenz, el gran filólogo alemán que enseñaba en el Instituto Pedagógico de Chile. Graduado del Instituto, ejerció la docencia en varias ciudades del país, entre ellas el Liceo de Señoritas de Antofagasta, siendo allí colega de Gabriela Mistral con quien mantuvo una estrecha amistad. Después se trasladó al extranjero: vivió en Inglaterra y España. En Madrid fue Director de Estudios del Centro Internacional de Enseñanza. Luego vino a los Estados Unidos, país en el que por largos años se dedicó a la docencia y realizó la parte principal de su obra como catedrático de literatura española e hispanoamericana de *Fordham University*, como autor de numerosas obras de lexicografía y centenares de artículos en revistas y periódicos de todo el mundo, y, finalmente, como autor de la interesante sección “Enriquezca su vocabulario”, publicada por la revista *Selecciones del Reader's Digest*, que durante unos treinta años fue leída ávidamente por millones de lectores en el mundo hispánico. Fue miembro honorario de la Academia Chilena de la Lengua y miembro correspondiente de la Colombiana. En 1930 propuso la creación de academias en las naciones americanas que no contaban con ellas, idea feliz que cristalizó en la formación de academias de la lengua en la República Dominicana, Argentina, Uruguay,

Honduras, Puerto Rico, y, por último, la nuestra, la Norteamericana. Otra idea brillante fue la celebración de congresos de academias, el primero de los cuales se llevó a cabo en México en 1952.

De su pluma salieron notables obras de lexicografía: *Diccionario razonado de modos de bien decir*, *El Libro mayor del idioma*, *De re lexicographica*, *Malsonancias y chuscadas del Diccionario Oficial*, *Fe de erratas del Diccionario Oficial*, entre otras, en las que se reveló como el máximo exponente de la lexicografía hispánica. Su gran misión fue corregir los defectos y fallas del Diccionario Oficial, libro del que ni las costuras escapaban a su ojo perspicaz. Don Carlos fue el mayor diccionarista de esta época y muchas de sus sugerencias fueron aceptadas, las malas definiciones eliminadas o corregidas en la última edición.

Cuando dio a la estampa *El Libro mayor del idioma*, en 1934, el entonces Secretario Perpetuo de la Real Academia Española, Don Julio Casares, reconoció la obra “no sólo como constructiva sino digna de elogio y gratitud”.

Refiriéndose a su misión y a su quehacer, Don Carlos escribió: “Tratándose del Diccionario Oficial, yo tomo invariablemente la pluma cada vez que veo en él un desliz; pongo por escrito mi observación y pronto va la papeleta a ocupar su lugar en el fichero. Me parece que al hacer esto procedo como quien procura despertar a un buen amigo al pecado apretándolo con razones y dándole palmaditas en la espalda. Su inseparable compañía ha despertado en mí entrañable cariño por él. La observación de sus vaguedades, traspiés y picardías ha mantenido mi ánimo ociosamente divertido y hasta ha conseguido aliviar sinsabores y pesadumbres”. Todo ello —agrego yo— confirmaba el pensamiento expresado por Luis Vives: “Cree que te ama aquel que cordialmente te corrige”.

Los últimos años de la vida de Don Carlos fueron ensombrecidos por la muerte de su amada esposa René, pero en la Academia Norteamericana de la Lengua Española encontró un nuevo estímulo para su vida, una intensa motivación para su quehacer y nuevas miras para su misión. Y así, el anciano paladín prosiguió sin quebranto su lucha en pos del ideal, embistiendo atrevidamente a los gigantes, que son el elemento negativo que acecha en toda empresa de grandes alientos.

Vio en su Academia el sueño de su vida convertido en realidad y en su cargo de Director le sorprendió la muerte, ocurrida el 17 de agosto de 1978 cuando contaba 96 años de edad.

Pero podemos decir con Séneca (*Troyanas*, 397) *Ipsaque mors nihil*, porque Don Carlos vive y vivirá siempre entre nosotros.



Acto inaugural de la ANLE el 31 de mayo de 1974. Sentados de (izquierda a derecha), los académicos Enrique Anderson Imbert, Agapito Rey, Carlos F. Mac Hale (Director), José Agustín Balseiro (Censor), José Juan Arrom y Jaime Santamaría (Coordinador de Información). De pie (en el mismo orden): Eugenio Chang Rodríguez (Director del Boletín), Juan Avilés, Manuel Villaverde, Odón Betánzos Palacios (Tesorero), Theodore S. Beardsley (Bibliotecario) y Gumersindo Yépez (Secretario).